

SUTILEZAS METAFÍSICAS Y RETICENCIAS TEOLÓGICAS

PABLO ANINO Y ESTEBAN MERCATANTE

“Sí; pero, en el marxismo, existe el sentido de una fatalidad y la exaltación de una voluntad. Cada vez que la fatalidad pasa por delante de la voluntad, yo desconfío”.

André Malraux, *La condición humana*

El debate abierto con nuestro artículo para la revista *Lucha de Clases* N° 9, “Renta agraria y desarrollo capitalista en la Argentina”, sigue dando nuevos capítulos¹. A raíz de unos párrafos de nuestra respuesta a Rolando Astarita donde criticamos puntos importantes que no compartimos del análisis que hace Juan Iñigo Carrera (en adelante, JIC) sobre la acumulación de capital en Argentina, el rol de la lucha de clases en las transformaciones históricas, y la teoría del imperialismo –que éste “critica”–, hemos recibido una larga respuesta. Luego de “responder” a nuestra crítica, con argumentos que muestran –como veremos– lo certero de nuestros planteos, sugiere nuestra filiación simultánea con las teorías de la dependencia, Holloway, Sweezy, Laclau y muchos otros, por lo menos de lo que se deduce de las extensas citas a trabajos previos que ha copiado en ella. Éstas abundan en tal grado, que podría decirse que JIC casi ha reeditado sus libros ahora en forma de respuesta. Como adivinará el lector, las citas de trabajos previos no discuten con nosotros. O JIC tiene una gran capacidad de anticipar las polémicas, o su libro es un recetario para responder a todos lo mismo. Pasemos sin más prólogo al debate.

LA “RAZÓN HISTÓRICA” DEL CAPITALISMO, O LA TRANSFORMACIÓN DEL CAPITAL EN UN DEMIURGO DE LA HISTORIA

Antes que nada, sugerimos que para leer a JIC se tenga presente la analogía de Marx respecto del fetichismo de la mercancía, y mentalizarse que uno va a entrar en las brumosas comarcas de la religión. Parece ser que siguiendo demasiado al pie de la letra el camino que propone Marx para entender el fetichismo, nuestro crítico se trajo en el camino de vuelta alguna que otra idea mística.

Todo sugiere que afrontar las consecuencias de que en el capitalismo las relaciones sociales adquieren un carácter de cosas, mientras que las mercancías, es decir las cosas, son las que establecen relaciones sociales, le resulta vertiginoso. Para poner orden en el caos de un mundo donde las relaciones sociales son ajenas a la voluntad de los individuos, JIC, dando la espalda a la constatación de Marx y Engels en *La sagrada familia* de que “la historia no hace nada” apela a la “necesidad, a la razón histórica”² de existir del modo de producción capitalista, que nos devolvería a un sendero de movimiento histórico ordenado, hacia una recuperada finalidad histórica.

1 Astarita, Rolando, “Renta agraria, ganancia del capital y tipo de cambio”; Iñigo Carrera, Juan, “Renta agraria, ganancia del capital y tipo de cambio: respuesta a Rolando Astarita”; Anino, Pablo, y Mercatante, Esteban, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina” y Iñigo Carrera, Juan, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina: respuesta a Pablo Anino y Esteban Mercatante”. Pueden consultarse todos los artículos del debate en la página del Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx, www.ips.org.ar.

2 Iñigo Carrera, Juan, *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario, y conciencia*, Bs. As., Ediciones Cooperativas, 2003, p. 1.

Así, el apóstol San Juan nos presenta la creación del mundo a imagen y semejanza del capital: “En su origen, el capital inviste a la burguesía de la potencia revolucionaria para aniquilar los límites impuestos al desarrollo de las fuerzas productivas por la subordinación de la conciencia y voluntad del obrero individual a la organización feudal y esclavista de la producción social”. Poco puede investir el capital a la burguesía, cuando sus condiciones de existencia como relación social general aún están por desarrollarse. En este relato, el capital aparece como generando él mismo las condiciones de su surgimiento como relación social general. Se transforma en causa de sí mismo. Tenemos de vuelta el espíritu absoluto de Hegel, pero bajo un ropaje objetivista, donde este “espíritu” se desenvuelve a través del desarrollo de las fuerzas productivas, determinando las relaciones sociales y todos los aspectos de la subjetividad de los individuos. A fuerza de desobjetivizar las relaciones sociales, termina dando conciencia y voluntad al capital; si el capitalismo cosifica las relaciones sociales, e impone como leyes ajenas a la voluntad de los individuos condiciones que no son más que fruto que de la acción de los hombres y mujeres, JIC avanza en una pluscuamfetichización de las relaciones enajenadas, confiéndoles una voluntad y una acción a través de los individuos que no hacen más que expresarlas. El capital es el demiurgo de todo lo que acontece³, y no una relación contradictoria.

Para que la mistificación del capital esté completa, JIC va a tomarse demasiado a pecho eso de que “desde el punto de vista social, la clase obrera, también cuando está fuera del proceso laboral directo es un *accessorio* del capital”⁴. El hecho cierto de que el capital hace suyos los atributos del trabajo y transforma a los obreros en apéndices de las máquinas, y de que el propio proceso de producción del obrero no hace más que reproducir las condiciones de esta relación enajenada, se absolutiza en la visión de JIC. La clase obrera sólo va a ser revolucionaria por participar en la transformación de las condiciones materiales de la producción, desarrollando las fuerzas productivas, es decir, sólo en tanto y en cuanto actúa bajo comando del capital. Además, la lucha de clases no será más que la forma concreta de realizarse la relación entre obreros y capitalistas, la compraventa de la fuerza de trabajo⁵. Hasta tal punto lleva este planteo JIC que el antagonismo de clases es internalizado en la propia clase obrera: “en el proceso de expansión de su subjetividad productiva enajenada, el obrero colectivo se extiende hasta tomar a su cargo la coacción sobre sí mismo y la representación general del capital”⁶. La relación entre la clase obrera y el capital es de identidad: así como la clase obrera es capital, el capital son las relaciones objetivadas de la clase y el producto social.

Suponer entonces que la clase obrera pueda desarrollar una subjetividad revolucionaria y derrocar al capital “presupone que la conciencia obrera se impone, por sí, sobre la propia determinación del ser social de la clase obrera como atributo del capital”⁷. O sea, la conciencia de la clase obrera no puede ser otra que la de su enajenación en el capital, y esperar otra cosa es opinar que la subjetividad tendría que surgir de un “afuera” de las relaciones capitalistas.

Para JIC el capitalismo produce el antagonismo de clase, cuando en realidad el capitalismo está obligado a producir **en el marco de** –y está condicionado por– el antagonismo de clases. El antagonismo surge del carácter clasista de este modo de producción, es decir, del hecho de que se basa en la explotación del trabajo; la oposición entre el capital y el proletariado es sólo una forma histórica del antagonismo entre tantas que han existido siempre que hubo explotación. Esta oposición no se limita a resolverse de acuerdo a los requerimientos de la acumulación de capital, como una y otra vez sostiene JIC, sino que por el contrario, expresa los límites de este modo de producción. La lucha de las clases, cuya oposición está determinada por las condiciones de reproducción del capitalismo, no está constreñida por los límites de las necesidades de reproducción capitalismo sino que puede rebasarlos, derribando las relaciones capitalistas y dando origen a otro modo de producción, completamente

3 Se aplica a JIC lo que Marx criticaba a Hegel en la “Introducción” a los *Grundrisse*: confundir la reproducción de lo real en el pensamiento por la propia producción de lo real. JIC otorga al capital el mismo rol que el filósofo alemán confería a la Idea.

4 Marx, Karl; *El Capital*, Tomo I, Bs. As., Siglo XXI, 1975, p. 706.

5 Iñigo Carrera, op. cit., p. 6.

6 *Ibidem*, p. 13. Llamativamente, esto nos recuerda a John Holloway, para quien también “sujeto es el capital”, mientras que en el caso de aquellos que están bajo su comando “su humanidad está quebrada, negada. Los capitalistas (o mejor dicho, no tanto los capitalistas sino la perversa relación del capital) se apropian de la subjetividad” (*Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Bs. As., Herramienta, 2002, p. 59 y 57 respectivamente).

7 Iñigo Carrera, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina...” op. cit., p. 6.

ajeno a las “necesidades” y “determinaciones” de este modo de producción histórico. Por eso Daniel Bensaïd plantea que la contradicción estructural entre burguesía y proletariado

“no contiene dentro de sí misma al conjunto de las condiciones de su propia solución. Esta contradicción se exterioriza en la lucha de clases. Marx se niega, en efecto, a recurrir a la identidad de los contrarios como a un operador mágico, del que Hegel habría abusado para construir su palacio de ideas. El capital no es una totalidad petrificada en cosa, sino una relación social viva y moviente. Agrietada, astillada, herida, la totalidad es víctima de contradicciones reales, irreductibles al apaciguamiento de la identidad”⁸.

Por eso, la lucha entre el proletariado y la burguesía, que en tiempos “normales” para el capital no supera el “tira y afloje” por las condiciones de venta de la mercancía fuerza de trabajo, plantea sin embargo en potencia la posibilidad de dar paso a un cuestionamiento de las condiciones que hacen que la capacidad de trabajar sea una mercancía, separada de los medios de trabajo en propiedad de los capitalistas. La conciencia obrera no es invariablemente la de su enajenación en el capital, como pretende JIC.

El objetivismo idealista de JIC no sólo lo lleva a transformar al capital en un demiurgo de la historia, sino que, además, bajo una combinación variable de “conciencia enajenada” y “necesidad” justifica los hechos más atroces de la historia. Como los sujetos no hacen más que expresar las determinaciones que brotan de la expansión mundial del capital, son necesarias encarnaciones del acontecer histórico de la humanidad, que debieron suceder para que el capital desplegara su “razón histórica” tendiente a la emancipación de la humanidad. De esta forma, por ejemplo, JIC termina encontrando la “necesidad” del estalinismo, que ya no sería el producto del avance de la contrarrevolución en las particulares condiciones de aislamiento de la Revolución Rusa (que ocurrió en un país sumamente pobre y arruinado por la guerra) impuesto a través de persecuciones, ejecuciones, purgas, sino que de esta forma el capital habría realizado su “razón histórica” en la URSS⁹.

EL CAPITALISMO EN LA ÉPOCA IMPERIALISTA

JIC critica la idea de que las relaciones que caracterizan la economía mundial capitalista son imperialistas, ya que la categoría de imperialismo “sustituye la especificidad de la transformación capitalista de la materialidad del proceso de trabajo por las apariencias políticas y militares internacionales bajo las que necesariamente se realiza esta transformación” y lo que hace es “abstraer el movimiento aparente de las relaciones directas políticas y militares establecidas entre los procesos nacionales de acumulación de capital en las que toma forma concreta la realización del contenido mundial de dicha transformación material”¹⁰.

¿Podemos reducir las guerras mundiales con sus millones de muertos a la forma en la que el capital resuelve su necesidad de reestructurarse a escala mundial? Por el contrario, dan cuenta de los límites que la propia acumulación del capital encuentra en su desarrollo y una forma violenta de removerlos, una tendencia a ocasionar cataclismos sociales que son parteros de revoluciones, y que pueden dar lugar al derrocamiento de este sistema si los revolucionarios se preparan para intervenir en ellas. Mientras JIC plantea una unidad esencial de la economía mundial capitalista abstrayendo las relaciones entre los Estados y las diferenciaciones entre las clases dominantes, la definición de imperialismo

8 Bensaïd, Daniel, *Marx intempestivo*, Bs. As., Herramienta, 2003, p. 362.

9 También encontramos en el desarrollo de Iñigo Carrera otras perlititas que se desprenden del hecho de que el capital determina la subjetividad de la clase obrera: “La representación política general del proceso nacional de acumulación de capital cobra así una expresión ideológica característica, el populismo”, lo que dicho en criollo, podría traducirse en el viejo dicho “la clase obrera ES peronista”, trivialidad que no sólo pasa por alto la heterogeneidad de la clase obrera (que en todo momento da pie a todo un arco de representaciones políticas de mayor o menor relevancia) y del dinamismo de los procesos de conformación de la subjetividad (particularmente en momentos de crisis de hegemonía burguesa), sino que para ser sostenida no requiere un lenguaje tan abstruso. Por otra parte, parece que Iñigo es más optimista que Daer y Moyano (que intentan por todas las vías contener el “efecto Kraft” y mantener el monopolio de la burocracia peronista en los sindicatos frente al surgimiento de la organización de los trabajadores desde las bases) sobre el eterno peronismo de la clase obrera.

10 Iñigo Carrera, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina...”, op. cit.

surgió de una constatación de las contradicciones planteadas por la internacionalización de las fuerzas productivas, frente a la cual, la supervivencia de los Estados nacionales se tornaba anacrónica, pero no por eso estos desaparecían. El imperialismo como etapa superior del capitalismo hace referencia a la nueva escala en la que se despliegan las contradicciones del capitalismo, y que se traducen en competencia a escala planetaria, la cartelización y la división del mundo en áreas de influencia como barreras frente a la competencia –pero que no hacen más que reproducirla en una escala superior– y caracterizan lo convulsivo de la etapa. Las burguesías imperialistas montaron trincheras para enfrentar la “unidad mundial” del mundo capitalista que Iñigo Carrera considera su esencia, fueron a la guerra para redefinir el reparto del mundo, y de estas convulsiones surgió la Revolución Rusa, es decir la destrucción de las relaciones capitalistas en uno de los eslabones débiles del capitalismo mundial.

Lenin planteaba que la etapa imperialista abría una época sumamente convulsionada en oposición a las conclusiones que sacaban Hilferding o Kautsky de las transformaciones capitalistas. Para éstos se podría organizar una transición pacífica al socialismo en base a la sostenida centralización del capital (¿a algún lector de JIC esto le suena conocido?). Para Lenin en cambio, el imperialismo significaba una época de “crisis, guerras y revoluciones” que derivaba de la pelea de las potencias capitalistas y de los grandes conglomerados por el reparto del mundo: “la época del imperialismo es la víspera de la revolución socialista, que el socialchovinismo (socialismo de palabra y chovinismo en los hechos) es la traición absoluta al socialismo, la total deserción a las filas de la burguesía; que esa división dentro del movimiento obrero está relacionada con las condiciones objetivas del imperialismo”¹¹.

Este despliegue internacional de las contradicciones del capitalismo que caracteriza su “etapa superior”, el imperialismo, es el único punto de partida adecuado para comprender las relaciones en las que son subsumidos los países de desarrollo capitalista más tardío. El capital no crea la economía mundial de la nada; su expansión se topa con una multiplicidad de formaciones sociales en estadios de desarrollo completamente diferentes (mientras que regiones de Norteamérica estaban casi desiertas, en China el capital se topó con unas de las civilizaciones más antiguas, por mencionar sólo unos ejemplos), y las pone en contemporaneidad; esta unificación del espacio mundial no significa la creación de un espacio homogéneo, o diferenciado sencillamente según los requerimientos del capital en su expansión. A las diferencias de partida entre los países de desarrollo capitalista más antiguo y las regiones subsumidas, se le agregarán las heterogeneidades producidas por el propio desarrollo desigual que produce el capital. Su movimiento está lejos de ser uniforme sino que podríamos decir que se mueve por la líneas de menor resistencia (ya que cada capital busca asegurarse la mayor ganancia incurriendo en los menores riesgos), y se producen de éste modo formaciones económicas con rasgos diferenciados. La acumulación capitalista, guiada por la búsqueda permanente de contrarrestar la igualación a la baja de la tasa de ganancia, produce un desarrollo desigual que no puede reducirse como pretende JIC a las “determinaciones” que brotan de un proceso unificado de acumulación capitalista mundial. Existe una permanente tensión entre homogenización y diferenciación. Se desarrollan formaciones en las que el capital funciona a una escala que le permite liderar el desarrollo de las fuerzas productivas y otras que quedan al margen de ésta posibilidad. Por eso, como nuestra corriente ha planteado en numerosos trabajos¹² con cuyas citas no abrumaremos al lector, consideramos la economía mundial como una totalidad estructurada, un conjunto jerarquizado de relaciones entre espacios heterogéneos donde las condiciones de producción son muy variadas. Esta totalidad está recorrida por complejas interacciones en todos los niveles –que se traducen en antagonismos de clase, diferenciaciones en el seno de la burguesía y rivalidades entre los Estados.

El capital es simultáneamente una totalidad social global y multiplicidad de capitales. Las leyes del capital se imponen férreamente como algo externo a la voluntad individual; sin embargo las condiciones centrales para la acumulación se topan con las contradicciones estructurales que brotan del desarrollo de la acumulación sobre un espacio heterogéneo. La propia burguesía no es una clase homogénea, sino que está diferenciada por países, regiones, ramas con intereses en ocasiones opuestos: es por eso que cualquier “necesidad” de alterar condiciones como la estructura impositiva, los subsidios,

11 Lenin, V.I., “Prólogo” de *Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, tomado de la versión digital disponible en www.marxists.org.

12 Entre otros: Albamonte, Emilio y Castillo, Christian “Desafiando la miseria de lo posible”, *Estrategia Internacional* N°21, Bs. As., 2004; y Bach, Paula, prólogo a la recopilación de artículos de León Trotsky, *El capitalismo y sus crisis*, Bs. As., Ediciones IPS, 2008.

la moneda, las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, por sólo mencionar algunas, pone de manifiesto lo conflictivo de “la unidad de la organización del proceso de producción y consumo social por la formación de la tasa general de ganancia” como lo considera JIC; y puede dar paso a un proceso cuya resolución depende del resultado de un enfrentamiento entre clases o fracciones de clase. Esto no expresa la apelación a una supuesta “voluntad libre”, sino que el metabolismo mundial capitalista no es reducible a una lógica abstracta como pretende JIC.

La integración sistémica del conjunto del globo en una economía mundial no significa una uniforme tendencia del capital a organizarse a escala internacional “diferenciándose” en procesos nacionales cuyas especificidades queden así dadas. La manera en la que los espacios económicos nacionales se articulan en la economía mundial en cada momento está condicionada por muchos factores, siendo los principales los siguientes:

— la vocación y capacidad de los gobiernos de las economías más poderosas por imponer la apertura en lo que hace a la circulación de mercancías, inversión productiva y capital-dinero. Todas las economías de mayor desarrollo, se caracterizaron por dar impulso en su origen a una fuerte protección de sus economías, para pasar a presionar por la liberalización cuando han alcanzado sus objetivos. Inglaterra impuso numerosas protecciones durante la etapa donde los lineamientos económicos estaban dados por los mercantilistas, es decir en la época donde se está gestando su poderío económico, pero alcanzada la supremacía industrial y lanzada a la conquista del mundo, impulsó políticas librecambistas, tanto en el reino como en sus colonias y satélites económicos. La etapa de declinación de su hegemonía fue un tenso interregno, que se prolongó desde los primeros lustros del siglo XX hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, años de fuertes disputas entre todas las potencias en el marco de crisis y revoluciones. El *laissez faire* quedó en el anaquel de los recuerdos ya desde fines del siglo XIX, incluso en Inglaterra. Los *trusts* y *cartels* dominaron los mercados nacionales y disputaban el dominio sobre los países periféricos —o realizaban acuerdos repartiendo áreas de influencia si resultaba posible y conveniente. Con la creciente hostilidad armada, el mercado mundial entró en una dinámica centrífuga, salvo por un breve período en la década del ‘20, pero con la crisis iniciada en Wall Street se aceleraron las tendencias proteccionistas, por empezar en EE. UU. Recién finalizada la guerra, con su avasalladora superioridad respecto de todas las potencias capitalistas, el imperialismo norteamericano impulsaría la apertura económica. Sin embargo, la estrategia de impulsar ciertos niveles de desarrollo en los países de la periferia capitalistas, especialmente en América Latina y posteriormente en algunos países asiáticos, aparte de sostener la reconstrucción de Europa y Japón e impulsar el avance de sus multinacionales en todo el mundo, pondría límites por varias décadas al impulso “aperturista”.

— la estrategia de las empresas transnacionales, que ha recorrido etapas bien distintas a lo largo de la década. Desde principios del siglo XX, cuando empiezan a establecer filiales fuera de sus países de origen, será con el objetivo de proveer los mercados en los cuales se radican las inversiones. El abastecimiento global en el mercado mundial quedará expresamente prohibido para las filiales en la mayoría de los casos. En muchas ocasiones, esta exportación de capitales será una manera de alargar la vida útil del capital, ya que lo que se enviaba a los países destinatarios de la inversión era la maquinaria obsoleta, reemplazada por nuevas inversiones en el país de origen. Claro que, al menos en lo que respecta a Argentina, era habitual que ésta fuera valuada como maquinaria moderna, y no como la chatarra que ya era al llegar. Esta estrategia de las multinacionales acompañó el impulso desarrollista orquestado desde EE. UU., y fue revisada con el agotamiento del *boom* de posguerra. La necesidad de avanzar en la más amplia reestructuración de las unidades productivas, acompañada de una cierta concentración y centralización de la propiedad del capital, y la ofensiva contra las condiciones de trabajo y remuneración desatadas a escala planetaria para aumentar la tasa de plusvalía, llevaron a la concentración de las transnacionales en aquellos países que ofrecían ventajas productivas (fuerza de trabajo barata o muy calificada; disponibilidad de insumos básicos, etc.) o cercanía a los principales centros de consumo. El primer factor tendió a ser el preponderante, aunque para algunas industrias livianas la cercanía a los lugares de venta guarda importancia.

— Los medios de transporte y comunicación disponibles. Aunque ocupan un lugar subordinado condicionado por la política imperialista y por las estrategias del capital, el abaratamiento del costo de transporte y el desarrollo de modernas tecnologías de comunicación, han permitido extender las redes logísti-

cas, y permitido la concentración productiva en escalas muy superiores a las manejadas décadas atrás. Así como en la conformación de la economía mundial los medios de transporte asociados a la gran industria jugaron un rol importante al permitir extender la fuerza de la competencia capitalista a escala planetaria, impidiendo el relativo aislamiento que protegía las formas de producción artesanales, las innovaciones de las últimas décadas jugaron un rol clave en la creciente *offshorización* de la producción minando la posibilidad de algunas trabas a la competencia capitalista, especialmente para los países menos desarrollados.

Como vemos, el análisis de las interrelaciones que hacen a la economía mundial, y las rivalidades que generan, requiere una visión más profunda que la de las definiciones generales y reduccionismos propuestos por JIC.

Aún en la Unión Europea, donde el capital avanzó más en el intento de actuar como una “unidad” que llevaría a la convergencia estructural de los espacios nacionales ampliamente diferenciadas, la segunda fase de la actual crisis mundial puso de relevancia las fuerzas centrífugas que actúan en el proyecto, no sólo por el desigual desarrollo de sus instituciones, sino fundamentalmente por la ampliación de las desigualdades de origen. En la unidad monetaria, la productividad alemana tiende a “dar” el valor del Euro mientras un conjunto de economías que constituyen la periferia como Grecia, España y Portugal tienen que expresar el valor de su producción en una moneda que le es cada vez más costoso sostener. El valor del Euro no se apoya sólo en la economía alemana sino que es al mismo tiempo una política “europea” que implica múltiples pujas sobre su nivel. A su vez, la unidad monetaria tuvo un desarrollo mucho mayor que el desarrollo de un programa fiscal y financiero común para compensar de forma directa los déficit de los países hoy al borde del *default*. La alternativa al desmembramiento europeo son los planes de ajuste que los capitalistas están imponiendo a los trabajadores en toda Europa. Pero sobre el acuerdo general de los capitalistas de hacer pagar la crisis a los trabajadores subyacen una serie de oposiciones entre las burguesías de los distintos países, y aún al interior de los mismos. Los planes de ajuste impuestos a Grecia, España y Portugal (y que tienden a extenderse al conjunto de los países de la zona “euro” y de la Unión Europea) no significan solamente la condición de posibilidad de la continuidad del Euro, sino que a la vez constituyen el salvataje a los bancos alemanes, franceses e ingleses que tienen sur carteras llenas con bonos de esos países. Y aún así no está asegurada la “unidad”. Solo la resistencia y la lucha de los trabajadores pueden anticipar una salida viable a la “unión”.

LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS FRENTE AL IMPERIALISMO

JIC evidencia un total desconocimiento (o bastante voluntad de tergiversar) cuando sostiene que para Trotsky “considerada de por sí, toda nación ‘atrasada’ puede seguir el curso hacia la plenitud del modo de producción capitalista de las naciones ‘avanzadas’”¹³. Lejos de esto, para Trotsky es justamente la incapacidad de seguir dicho curso lo que transforma a estos países en eslabones débiles en el capitalismo mundial. El desarrollo desigual y combinado no refiere a un Estado “atrasado” en relación con uno “desarrollado”; sino a las relaciones jerarquizadas en la estructuración de la economía mundial que hacen que impacten de manera diferenciada las tendencias que resultan de la acumulación capitalista. Es esto lo que puede dar origen a que no sea en los países de mayor desarrollo de las fuerzas productivas donde comience la formación de un orden social superior. El planteo de Trotsky de desarrollo desigual y combinado surge de analizar las consecuencias de la conformación de la economía mundial capitalista. Las contradicciones de la formación económica local ya no pueden entenderse aisladamente, sino en el marco de las relaciones internacionales que el capitalismo crea. Es con este método que Trotsky logró captar, en una previsión histórica que no tuvo ninguno de sus contemporáneos, que no había etapa de revolución burguesa en la Rusia zarista, sino que sólo la clase obrera podía llevar hasta el final las tareas democráticas y nacionales que la burguesía había abandonado, y que por lo tanto este proceso no podría detenerse en los marcos de la democracia burguesa y la formación económica capitalista, sino que avanzaría en el camino de la revolución socialista, estableciendo la dictadura del proletariado y expropiando a la burguesía¹⁴. Las conceptualizaciones de Lenin

13 Iñigo Carrera, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina...”, op. cit.

14 Como plantea el geógrafo norteamericano Neil Smith: “la discusión de Trotsky sobre el Desarrollo desigual y combinado se desprendió de su teoría de la Revolución Permanente. Esta última, desarrollada al calor de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, insistió en que ninguna teoría etapista de la historia determinaba la transición al socialismo, y que, a pesar de

y Trotsky sobre el imperialismo estaban dirigidas contra la idea de que el desarrollo del capitalismo en Europa marcaba el rumbo que seguirían, etapa por etapa, el resto de los países del mundo. Ponían en el centro la cuestión de la actualidad mundial de la revolución proletaria, que en los países coloniales o semicoloniales debería tomar en sus manos tareas democráticas y nacionales que las débiles burguesías locales ya no eran capaces de llevar adelante.

JIC pretende haber superado planteos con los cuales nunca discute sino después de reducirlos al grotesco; en el medio amalgama de todo, poniendo a Lenin como un precursor del bloque de las cuatro clases de Mao Tse-tung, ya que su teoría del imperialismo, nos revela JIC, estaría destinada a plantear una alianza con las burguesías periféricas para sostener un proceso nacional de desarrollo capitalista. Nuestro crítico se esfuerza en todo momento en asociar la teoría del imperialismo exclusivamente con los planteos nacionalistas burgueses o frentepopulistas, como si no pudiera reconocerse la existencia del imperialismo sin plantear una alianza con la burguesía. Como parece que JIC se saltó algunos capítulos de la historia, le aclaramos que el análisis de las características de la acumulación del capital en la fase imperialista no llevaron a Lenin a pensar en la posibilidad del desarrollo capitalista sino a impulsar la toma revolucionaria del poder por parte del proletariado, para establecer un Estado obrero que fuera trinchera de la revolución socialista a escala internacional.

Las enormes transformaciones registradas por la economía capitalista en el último siglo han reforzado, y no menguado, la opresión de un puñado de países (que concentran las principales corporaciones que se mueven por todo el globo) sobre las poblaciones de todo el mundo. Pero como los “globalizadores” de variado pelaje (Zigmunt Bauman, Tony Negri), JIC desdeña la importancia de esta opresión que ejercen las potencias imperialistas sobre el resto del planeta, aunque ésta se ha mostrado a flor de piel en tiempos recientes, con EE. UU. invadiendo Afganistán e Irak. Por eso realiza malabarismos para no discutir en ningún momento contra los que plantean la existencia de relaciones imperialistas sin salir corriendo a buscar algún burgués progresista, sino para deducir la necesidad de una política de la clase obrera que tome en sus manos las tareas de emancipación nacional abandonadas por la burguesía local, y que una a esta lucha contra el imperialismo las tareas socialistas de expropiación de la burguesía. Es oportuno señalar el bochornoso recorrido de los “marxistas” como [norte]Américo Ghioldi y Victorio Codovilla, que de la mano del imperialismo “democrático” enfrentaron a la “barbarie fascista” de Perón, siendo parte de la Unión Democrática de la mano de Braden en 1945 y apoyando la “Fusiladora” en 1955, para dejar en claro la importancia de una clara definición en este problema fundamental para la clase trabajadora sobre cuyas espaldas recaen las peores consecuencias de la opresión imperialista.

Sería bueno que en vez de salir del paso con una jerigonza abstrusa, JIC explicité qué tiene que decir sobre el fenómeno del imperialismo y las tareas que se desprenden, además de “nada” o “ni”. ¿Dónde hay que estar cuando EE. UU. invade Irak, lanza a circular la IV Flota por toda América Latina, o amenaza con instalar bases en toda América Latina?

RENTA AGRARIA Y CAPITALISMO PERIFÉRICO

Nosotros consideramos que el punto de partida del análisis de la formación económica argentina es considerar cómo se integra en las relaciones que caracterizan la economía mundial¹⁵. San Juan Iñigo

las expectativas de muchos marxistas, una revolución antizarista en Rusia [...] no estaba condenada a pasar por una etapa capitalista predeterminada” (Smith, Neil, “The geography of uneven development”, en Dunn, Bill, *et. al.*, *100 years of permanent revolution. Results and prospects*, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, p. 184. Traducción propia). En el mismo artículo, Smith destaca que tanto Lenin como Trotsky abordaron el análisis del capitalismo y se esforzaron en desarrollar “una teoría sistemática del imperialismo diseñada para un mundo en el que todas las relaciones internacionales son internas al capitalismo y gobernadas por los imperativos capitalistas”, es decir que el punto de partida es el capitalismo como totalidad mundial. JIC pretende haber descubierto la pólvora cuando no hace más que llegar a la conclusión a la que Trotsky, Lenin y otros revolucionarios llegaron hace un siglo: que el capitalismo es una totalidad mundial y que no se puede abordar los espacios nacionales por separado unos de otros. León Trotsky recuerda en *La revolución permanente* que Lenin se refiere al mercado mundial “al que estamos subordinados, con el cual estamos unidos, y del cual no podemos separarnos” (*La teoría de la revolución permanente (comp.)*, Bs. As., CEIP, 2000, p. 409).

15 En este punto, a pesar de todas las críticas que le puedan caber, el abordaje de Milcíades Peña que JIC cuestiona es mil veces más correcto –y concreto– que el de nuestro crítico, que busca explicar la economía mundial abstrayéndose de las “meras formas” imperialistas de las relaciones internacionales.

Carrera nos critica en este punto nuestro “pecado original” de caracterizar a Argentina como un país semicolonial “y al mismo tiempo reconocer que hay un flujo positivo neto (sin siquiera ir más lejos, por la porción de la renta que les queda a los terratenientes) hacia ese país”.

El primer problema con la crítica de JIC es que considerar la renta agraria como una fuente por la cual la producción agraria argentina se apropia de un “flujo de plusvalía” generada en otros países, es apenas un aspecto del conjunto de las relaciones y los flujos de valor que se establecen entre Argentina y otros espacios nacionales. Es necesario considerar de forma conjunta los aspectos de integración en la economía mundial. Sólo a modo de ilustración, si tomamos el conjunto del comercio internacional, el saldo favorable que se concentra centralmente en la exportación de mercancías agrarias (que conllevan a apropiación de plusvalía generada en otros espacios nacionales como renta) y en algunos pocos rubros industriales, se ve fuertemente contrarrestado (en muchos períodos superado) por un saldo negativo de importaciones que se vincula a la adquisición de mercancías industriales. Es decir que la mayor capacidad de apropiarse de riqueza social que explica la renta diferencial, se traduce en una adquisición de mercancías extranjeras, mayoritariamente para el consumo no productivo (menos de 15% de las importaciones tiene destino de inversión, y eso engloba rubros como la compra de celulares), o sea que ni siquiera se explica por la acumulación de capital. Definir que el capital agrario que produce en Argentina se apropia de una plusvalía extraordinaria debido a la renta diferencial, es apenas un primer elemento para caracterizar el capitalismo argentino; es necesario considerar si ésta repercute o no en una ampliación de la capacidad de acumular capital desarrollando siquiera parcialmente las fuerzas productivas, lo que claramente no sucede. Por otra parte, en una gran cantidad de rubros, en los cuáles la producción local no existe o se realiza con rendimientos muy inferiores a los imperantes a nivel internacional, Argentina padece un “flujo negativo” que surge de las desventajas absolutas de productividad, aunque éste se exprese o no como renta.

Segundo, para caracterizar la relación entre la burguesía local y el imperialismo, es necesario considerar el conjunto de los mecanismos por los cuales la plusvalía que fluye hacia el país vía renta diferencial es reapropiada. El capital extranjero, gracias a ocupar un lugar preponderante en la organización del transporte, en la comercialización, en la provisión de tecnología e insumos básicos, se apropia de una porción considerable de la renta, que por lo tanto refluye a otros espacios nacionales. Al definir que la renta es plusvalía generada en otros espacios que fluye hacia el país, es necesario considerar cuáles son los efectos de la apropiación de esta renta, y si ésta es apropiada en un nivel significativo por el capital extranjero. De las 500 más grandes empresas del país, dos tercios están en propiedad de capital extranjero. Esta situación se extiende a toda la economía, y en la propia producción agraria –y en la propiedad de tierras y recursos en general– la presencia extranjera avanzó exponencialmente en las últimas décadas.

Tercero, la cuestión que se debe considerar para entender el carácter del país dentro de las relaciones internacionales es en qué medida la existencia de la renta como flujo de plusvalía hacia el país va asociada a un grado considerable de “unilateralidad” en el trabajo social, es decir, si la formación nacional en cuestión es un país exclusivamente productor de vacas y granos, como Argentina, o si es parte de una producción social que se diversifica, que abarca nuevas ramas como EE. UU. La renta agraria que fluye a Argentina se inscribe en un conjunto de relaciones que configuran un espacio económico donde en la mayoría de los sectores prima un atraso relativo en comparación con los niveles imperantes a nivel internacional. Este atraso relativo se ha transformado directamente en desmantelamiento en las últimas décadas de muchas ramas industriales, y mientras la industria manufacturera pasaba de explicar más del 20% del valor agregado del país en los años ‘80 al 18% actual, la producción agraria se concentraba en la soja (que alcanza unos 16 millones de hectáreas de 31 millones totales) desplazando a otras producciones agropecuarias en términos relativos e, incluso, en el caso de muchas producciones regionales o del girasol en términos absolutos.

Por otra parte, y esto es aún más importante, la deuda pública ha sido históricamente otra fuente privilegiada que drena plusvalía del espacio nacional (aunque una parte de los títulos estén en manos de capitalistas locales). La deuda no sólo importa como flujo (que puede no ser negativo para todos los períodos que se consideren) sino como mecanismo que restringe significativamente las posibilidades de la política económica, permitiendo mayores presiones “de los mercados” y la injerencia de los organismos internacionales. Es pueril desdeñar el peso de este mecanismo porque en algunos años haya entrado más capital por nuevas deudas que el que se pagó, como se empeña en demostrar JIC.

Este enfoque contable, sin vincular la nueva emisión de deuda con el peso de los pagos en el gasto, ni el crecimiento de la deuda por cómputo de intereses (que en ninguna medida es nuevo ingreso de capital) no permite abordar la naturaleza de la relación. La deuda “es uno de los factores más poderosos de este sometimiento”, en palabras de Eric Toussaint¹⁶, quien muestra que entre 1985 y 2008 varios planes Marshall fueron pagados por los países periféricos a los acreedores del Norte. Claro que el mecanismo de la deuda pública, opera siempre en todos los Estados –imperialistas y semicoloniales– en beneficio del capital, transfiriendo plusvalía a los “cortadores de cupones”. Pero en el caso de los países de menor desarrollo capitalista se transforma en un mecanismo que refuerza su dependencia económica, drenando plusvalía. En Argentina los servicios totales pagados en el año 2009 representaron 10% del PBI, mientras que la relación deuda pública PBI alcanza cerca del 50%, y esto a pesar de que en los últimos años se pagó como nunca. La condición de un nuevo canje de deuda de la mano del Barclays, el Citibank y el Deutsche Bank para volver a los “mercados” muestra de manera grotesca las asimetrías entre los Estados cuando muchos Estados con peores índices de deuda (como EE. UU., Inglaterra o Japón) logran financiamiento sin ninguna dificultad a tasas muy bajas.

La misma asimetría opera en el plano monetario. La expresión internacional de valor del producto de las economías menos desarrolladas se caracteriza por ser altamente inestable, por la inestabilidad crónica de sus tipos de cambio, que se mueven al calor de los vaivenes internacionales. Las diferencias entre las economías capitalistas centrales y periféricas repercuten dramáticamente en la precariedad –o casi inexistencia– de los sistemas financieros en los países de la periferia capitalista, de la mano de una creciente centralización financiera a escala internacional. El desarrollo “unilateral” de los países periféricos repercuten en precariedad monetaria, y esta precariedad refuerza la centralización en los momentos de crisis. Es fundamental entonces considerar las asimetrías estructurales entre los países de mayor desarrollo general de las fuerzas productivas, y países como Argentina logran disfrutar de ventajas en algunas ramas que les permiten apropiarse de renta diferencial. Aunque EE. UU. sea hoy el mayor deudor del mundo, ni siquiera en la crisis más severa en décadas que lo tuvo como epicentro se produjo una corrida contra su moneda, aunque esta pueda producirse en el futuro. Mal que le pese a JIC, las diferencias entre las formaciones económicas repercuten en la distinta fortaleza de su moneda y en distinta capacidad de manejar la política económica. Incluso en plena crisis y con el dólar amenazado en su perspectiva futura como reserva indiscutida, hoy EE. UU. puede administrar su crisis buscando cargar costos sobre otros países. Sobre las diferencias de “poder económico” se montan las relaciones de dominación que caracterizan el sistema de Estados. No se puede separar el análisis ni reducir esta última dimensión a una mera apariencia de la “unidad de contenido” de la economía mundial.

No hace falta, entonces “huirle como a la peste a la cuestión de la fuente de la renta diferencial”, ya que la existencia de la misma no altera en nada la cuestión central: la formación económica argentina, es a la vez capitalista por su estructura de clases y el conjunto de relaciones con la economía mundial, al mismo tiempo que se caracteriza por la desigualdades entre el desarrollo de las fuerzas productivas en sus diversas ramas y la baja acumulación en muchas de ellas, dependiente de las transferencias que recibe de otros sectores. Como muestra JIC, aunque no saque las conclusiones del caso, el conjunto de la burguesía argentina (y la extranjera que se valoriza en el país) disputa la renta para compensar la baja productividad del trabajo, y –salvo en el agro– se reproduce como capital de baja productividad en términos internacionales.

A JIC no se le ocurre que en el marco de la “dependencia recíproca” que caracteriza la economía mundial, existe una marcada asimetría entre las naciones que lideran el desarrollo de las fuerzas productivas –en las que tiene su base el capital internacionalizado–, y aquellas en las cuales éste capital ingresa como capital extranjero para generar plusvalía en el espacio nacional desplazando a los capitales locales (que se ven aventajados por las ventajas productivas y los mayores recursos financieros del capital transnacional) e incluso participar protagónicamente en la apropiación de otras fuentes de ganancia, como es el caso de la renta en Argentina. En el primer caso, el Estado nacional en el que tienen su base capitales que realizan su circulación a escala internacional, expresará los intereses de una burguesía que debe establecer condiciones para su valorización allende sus fronteras, imponiendo regulaciones en otros espacios nacionales favorables al capital internacionalizado. No se trata, como parece imaginar JIC para

¹⁶ Toussaint, Éric, “La gran transformación desde los años ochenta hasta la crisis actual, tanto en el Sur como en el Norte”, 7 de septiembre de 2009, versión digital.

recusar el planteo, de un mero “robo” de plusvalía generada en otros espacios nacionales (aunque es evidente que se imponen condiciones de expoliación de riquezas a través de la deuda, privatizaciones, saqueo de recursos naturales, etc.), sino de un ingreso en dichos espacios para valorizarse, desplazando al capital local o asociándose con él, según los casos. Pero para que esto sea factible, el Estado de los países a donde se dirige el capital internacionalizado, debe garantizar condiciones privilegiadas de valorización para el capital extranjero, o por lo menos respetar una igualdad de condiciones entre el capital local y el capital extranjero; igualdad que actúa en beneficio del primero cuando se trata de exportación de capital a países de bajo desarrollo general de las fuerzas productivas, como es el caso de Argentina. O sea que el desigual desarrollo de las fuerzas productivas y una presión creciente de los capitales más productivos para aumentar su esfera de valorización, significa que en los países de desarrollo capitalista tardío el capital extranjero juega un rol privilegiado en la acumulación de capital, y por eso se configuran novedosas relaciones interestatales. Por eso es que Trotsky planteaba:

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado¹⁷.

Por eso definimos a Argentina como un país semicolonial; ni “atrasado” sin más, ya que no es extraño que en algunas ramas pueda mostrar ventajas de productividad considerables y no tiene una perspectiva de desarrollo para superar el “atraso”; ni meramente “dependiente”, ya que la dependencia es una relación general que afecta a todos los países en el sistema mundial capitalista¹⁸.

Esta definición se desprende de la clara consecuencia que tienen los varios aspectos que hemos ido señalando: la reproducción del capitalismo local es en un grado considerable reproducción de capital extranjero en el espacio nacional; la burguesía local encuentra restringido su desarrollo a sólo algunas ramas, y en competencia constante con el capital extranjero que lo aventaja en condiciones de financiación y escala productiva por pertenecer a algún entramado multinacional; el reflujo permanente de ganancias de los capitales extranjeros que se valorizan en el país, unido al drenaje de la deuda y a la importación de mercancías, no sólo limita la acumulación en el espacio nacional, sino que además repercute en crónicas crisis del balance de pago, lo cual va a agravar la debilidad de la moneda local y fragilidad del sistema financiero. En suma, relaciones capitalistas plenamente desarrolladas bajo las cuales el desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra restringido, producto de los mismos factores que otorgan privilegio al capital extranjero en la valorización en el espacio nacional. Argentina es una semicolonía de inserción subordinada en las relaciones internacionales, a la que no le queda por delante un camino de desarrollo capitalista que pueda superar las condiciones de atraso y subordinación, como sugiere JIC que planteamos. Medidas elementales contra el imperialismo como sería la nacionalización de la banca y los principales resortes económicos hoy en manos del capital extranjero y el no pago de la deuda externa, junto con el monopolio del comercio exterior, son ajenas a los intereses de una burguesía unida hoy más que nunca al capital imperialista. Por eso estas tareas, junto con la expropiación total de la gran propiedad terrateniente, sólo pueden ser tomadas por la clase obrera, como parte de un programa más general de expropiación de la burguesía para dar los primeros pasos de la reorganización socialista de la economía, proceso que sólo puede completarse con la extensión de la revolución socialista a escala internacional. Esto es pensar concretamente la “unidad mundial” en la cuál debe desarrollarse la liquidación del capitalismo, y no el mundo construido por JIC donde el capital se transforma pensándose a sí mismo.

LA REVOLUCIÓN SEGÚN SAN JUAN

Para JIC, la revolución socialista sería la “forma” en que se respondería a la necesidad de centralizar el capital en los países de desarrollo más rezagado. Respondería a los requerimientos de la concen-

17 Trotsky, León, “La industria nacionalizada y la administración obrera”, *Escritos Latinoamericanos*, Bs. As., CEIP, 2000, p.163.

18 Aunque no es lo mismo la “dependencia” del comprador de materias primas y exportador de mercancías industriales diversificadas y capitales, que la del que depende de la venta de tres o cuatro *commodities*.

tración del capital, aunque ya no haya capitalistas, ni propiedad privada de los medios de producción, ni la plena “liberación” de la clase obrera que transforma la fuerza de trabajo en mercancía, aunque siguiera habiendo formas de remuneración salariales. No puede entenderse cómo habría capital, salvo que éste tenga capacidad de seguir existiendo aunque hayan desaparecido las condiciones sin las cuales no puede desenvolverse. JIC, al considerar la economía mundial como una unidad abstracta y plantear una enajenación “ontológica” del proletariado, termina viendo capitalismo incluso donde la burguesía fue liquidada como clase, como en la Unión Soviética¹⁹.

Allí donde se eliminó la propiedad privada de los medios de producción, el capital no realizó ninguna “razón histórica” que le sea intrínseca, sencillamente porque dejó de ser la relación social constitutiva en el seno de esas sociedades, aunque la economía mundial capitalista haya constituido una presión permanente sobre la economía soviética de transición. Pero, como para JIC no hay otra cosa que el devenir histórico del capital centralizándose y concentrándose, las revoluciones socialistas no pueden tener más contenido que éste. De esta forma, el proceso de burocratización y las luchas dadas por los revolucionarios para enfrentarla no tienen registro en la historia según Juan Iñigo Carrera.

En la URSS, la eliminación de la competencia capitalista y la planificación centralizada, incluso con sus derroches y su sistemático incumplimiento de los planes, mostró la potencialidad de la socialización de los medios de producción. Para Iñigo esta centralización y planificación no es otra cosa que la manera en la que el capital respondió a la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas en un país atrasado. Debemos concluir que entonces, para Iñigo, aunque la revolución no sólo se dio en Rusia, sino que, aunque derrotada posteriormente, recorrió toda Europa, no hubo ningún factor subjetivo en estas derrotas, ni en el triunfo de Rusia. Aún sin los bolcheviques, la Revolución Rusa respondía a las necesidades de centralización del capital y por lo tanto debía triunfar, y en países como Alemania, donde el capital estaba bastante centralizado, ni con un Lenin habría triunfado una revolución que no emanaba de ninguna necesidad del capital. Ni falta hace decir que este es un desopilante abordaje histórico, no explicitado, pero deducible de la argumentación de Iñigo Carrera.

Así enfocado, las enormes dificultades de haber tenido que avanzar en la construcción de una economía de transición en un Estado obrero aislado, y partiendo de un nivel muy bajo de desarrollo de las fuerzas productivas agravado por la destrucción de la guerra, quedan borradas de un plumazo²⁰. Todo lo que ocurrió en la Rusia soviética estaba para JIC dado de antemano por la “razón histórica” del capital, entre otras cosas la derrota de la revolución en Europa y el aislamiento mundial de la revolución. Así, termina adscribiendo al mito de la “eficiencia” estalinista. La liquidación de los soviets, la colectivización forzosa, los juicios del Moscú, el Estado burocratizado, son así la pura representación de la expansión de la subjetividad productiva enajenada. La mala calidad de los productos, la inflación, la contabilidad fraudulenta, el parasitismo de la burocracia, la imposibilidad de criticar a los que dirigen la producción del derroche y la desorganización, la dictadura de los burócratas liquidadores del plan, se transforman en JIC en “formas concretas” de la manera en que centralizó el capital. Y algo no menor, en todo el recorrido histórico que Iñigo nos cuenta, se pasa por alto la gran ayuda que dio el estalinismo estrangulando la revolución y haciendo su contribución para que el capital siga desplegando su “razón histórica”.

19 Pero esta discusión no es nueva ni original. Nuestra corriente ya ha debatido con posiciones similares: “dentro como fuera de las filas del marxismo revolucionario surgieron corrientes que propusieron una definición alternativa de la URSS a la de *Estado obrero degenerado*. Estas se pueden agrupar en dos grandes vertientes: el *capitalismo de Estado*, que sostenía que no había diferencias cualitativas entre la Unión Soviética y el capitalismo occidental y que ambos expresaban una misma tendencia del sistema mundial hacia una mayor intervención estatal en la economía; y el *colectivismo burocrático* que planteaba que la Unión Soviética –y sus estados satélites– constituía una sociedad de explotación aunque de un tipo distinto al capitalismo. Ambas definiciones expresaban en realidad una suerte de fascinación que ejercía la burocracia moscovita, al punto que tanto la izquierda antiestalinista como los intelectuales marxistas en los países occidentales –que casi sin excepción mantuvieron su adhesión a los Partidos Comunistas al menos hasta la represión de la Primavera de Praga–, creían que era un fenómeno histórico necesario”. Cinatti, Claudia, “Del stalinismo a la restauración capitalista en la ex URSS. La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al socialismo”, *Estrategia Internacional* N° 22, Bs. As., noviembre de 2005.

20 Como planteaba León Trotsky: “Llegado a la revolución como ‘el eslabón más débil de la cadena capitalista’ (Lenin), el antiguo imperio de los zares tienen aún hoy, diecinueve años después [de la revolución de Octubre, NdR], que ‘alcanzar y sobrepasar’ –lo que quiere decir, alcanzar antes que cualquier otra cosa– a Europa y América; en otras palabras, tiene que resolver los problemas de la producción y de la técnica que el capitalismo avanzado ha resuelto desde hace largo tiempo” (León Trotsky, *La revolución traicionada*, Bs. As., Antídoto, s/f, p.29).

Se ve entonces lo apropiado de nuestra crítica previa: “El proceso histórico adquiere así [en JIC] una finalidad, la centralización constante del capital social, en favor del cual actúan todos los burgueses y proletarios. Y la liquidación revolucionaria de la burguesía es reabsorbida en una lógica evolutiva, en vez de constituir un acto de ruptura, profundamente convulsivo para el capitalismo global, y de gran impacto para la relación entre burguesía y proletariado en todo el mundo, como fue la Revolución Rusa, y las revoluciones de posguerra”. JIC muestra un optimismo sobre las perspectivas del capitalismo que supera el de cualquier paladín de la propiedad privada luego de la debacle de Wall Street.

Frente a la actual situación en Cuba, donde la burocracia prepara las condiciones de la restauración capitalista, planteos como los de JIC dejan totalmente desarmada a la clase obrera para abordar la tarea fundamental de barrer a la burocracia defendiendo las conquistas de la revolución como la propiedad colectiva de los medios de producción y hacer de Cuba una base para el desarrollo de la revolución socialista a escala Latinoamérica ¿O será que habrá que esperar que el capital lleve adelante su “razón histórica” mediante la restauración capitalista?

LA “DIALÉCTICA” DE IÑIGO CARRERA

JIC pretende ilustrarnos sobre dialéctica; sin duda puede hacerlo, si se trata de de considerar como Hegel que la historia no es más que el autorreconocimiento del Espíritu Absoluto, o en el caso de JIC del Capital. Si Marx se esforzó en construir una dialéctica de lo concreto, donde la necesidad de los conceptos y sus relaciones no brota de ellos mismos sino que es resultado de una investigación, JIC vuelve a una dialéctica idealista.

Como nosotros criticamos que para JIC necesidad es sinónimo de determinación absoluta de un suceso y no de un conjunto de posibilidades, nos achaca creer “primero, que cada concreto no lleva en sí necesidad alguna distinta de él mismo. Y, segundo, creen que la necesidad no tiene por forma general la de la posibilidad, sino que cuando se habla de necesidad sólo se puede estar hablando de una necesidad que se realiza de manera inmediata como idéntica a sí misma”²¹. A pesar de este discurso del método, cuando uno lee a JIC no hace más que comprobar que lo que decimos es cierto. JIC reduce a explicación de todo suceso histórico a la “necesidad” que brota de la lógica de la acumulación de capital. La lucha de clases o enfrentamientos entre los Estados no son más que la “forma concreta necesaria” en que se realizan sus determinaciones y nunca expresión de un choque de necesidades en contradicción con resultado abierto. Bastan un par de ejemplos para verlo.

¿Como “explica” JIC el desarrollo de la industria en Argentina en las primeras décadas del siglo XX? Primero planteará que “la expansión del pequeño capital industrial no es sino el primer paso necesario para engendrar las bases que convierten en el destinatario esencial de la renta, en asociación con la clase terrateniente local, al capital industrial que opera con la escala necesaria para competir en el mercado mundial desde su país de origen”, o sea, que entrado el siglo XX, vemos un incipiente desarrollo industrial local, pero esto sólo existe para permitir el ingreso de capital extranjero, para que éste último pueda apropiarse de renta. JIC nos dice que “es condición que el fragmento de capital medio desprendido sólo alcance la escala restringida correspondiente al mercado interno del proceso nacional de acumulación a donde va ir a valorizarse. Por lo tanto, ha de ser impotente para competir en el mercado mundial”²². ¿Por qué es esto condición? ¿Quién lo establece? Probablemente el autor responderá que es la condición para apropiarse de la renta que fluye hacia el país. ¿Y por qué debe apropiarse de dicha renta? Porque estamos ante un proceso nacional de acumulación “cuya unidad gira en torno a la producción de una o varias materias primas portadoras de renta de la tierra”. Si el lector tiene la sensación de que estamos frente a argumentos circulares, está en lo cierto. Es lo que sucede cuando uno construye el devenir del capital en base a una lógica abstracta, en vez de de apoyarse en un análisis concreto de las tendencias históricas. Se pone en evidencia que, diga lo que diga, cuando JIC habla de necesidad “sólo se puede estar hablando de una necesidad que se realiza de manera inmediata como idéntica a sí misma”. JIC pretende que la historia de cómo se conforma el modo de producción capitalista se puede reducir a la **lógica** de cómo se reproduce el mismo.

21 Iñigo Carrera, “Renta diferencial y producción agraria en Argentina...”, op. cit.

22 Ídem.

Es desde este reduccionismo que JIC nos critica “apelar al simple más o menos cuantitativo del ‘dentro de márgenes estrechos’, sin poder explicar cuál es la cualidad de la relación más allá de una suerte de deshojar teórico de la margarita: ¿muy estrechos, poco estrechos, nada estrechos; muy... etc.?”²³. Eso, por poco que se ajuste a las prolijas simplificaciones que tanto gustan a JIC, depende, tanto de la fortaleza del Estado en cuestión (es decir, de la burguesía del país en cuestión, su fortaleza monetaria y financiera, su capacidad militar) y de las tendencias imperantes en los movimientos del capital a nivel global.

Respecto a las pujas entre las clases o sectores de clases que pueden afectar los ajustes frente a cambios en la economía global, JIC nos plantea que “no se les ocurre que estas pujas son la forma necesaria de realizarse la necesidad de esos cambios. [...] Y otra vez, toda cualidad queda reducida a una doble ambigüedad cuantitativa: ‘casi una necesidad’ y ‘resultado relativamente abierto’. ¿Cuál es la determinación cualitativa que le falta a la ‘casi una necesidad’ para ser ‘una necesidad’? ¿De dónde viene lo que le falta al ‘resultado relativamente abierto’ para llegar a ser el ‘resultado’ que finalmente es? ¿No será que estos agujeros inexplicados son necesarios para intentar colar por ellos la apelación a una voluntad abstractamente libre por naturaleza?”²⁴. Es cierto, no es “casi una necesidad”, es una necesidad cuyo resultado concreto está abierto porque depende de los intereses en conflicto, las respuestas dadas y la fuerza relativa de los contendientes. No se trata de colar la apelación a una “voluntad abstractamente libre”, sino de comprender las “necesidades” contradictorias que brotan del choque entre las tendencias a la internacionalización creciente de las fuerzas productivas y la permanencia de los Estados nacionales como dimensión básica en la cual se siguen articulando las relaciones de clase. En este marco, la praxis de las clases como un elemento central de la totalidad social, no se limita a “realizar la necesidad de esos cambios” sino que produce un resultado que no está dado de antemano. Como diría Gramsci, “lo único que puede preverse es la lucha”. Pero, como de la lucha JIC no habla, toda su dialéctica se aleja progresivamente de Marx para acercarse a una “dialéctica del paso a paso” a lo Mostaza Merlo: esperar, ver lo que pasa y después explicarnos la “necesidad” de lo que sucedió.

COMENTARIOS FINALES

Podríamos agarrar muchos otros puntos de la teoría de Iñigo Carrera y de la crítica que nos hace copiando profusamente párrafos de su libro. Todos nos llevarían a las mismas conclusiones. San Juan despliega, con su dialéctica hegeliana, el desarrollo y autorreconocimiento del Capital. Si Marx mostraba cómo las categorías burguesas eternizaban relaciones de producción históricas, JIC viene a decirnos que son verdaderamente eternas, ya que el obrero no es más que un accesorio del capital, que lo sujeta sin perspectiva de ruptura hasta que el capital se haya centralizado en escala adecuada, ya ahí... veremos que pasa.

JIC, sosteniendo que él reproduce la crítica de Marx para el momento actual del capitalismo, abandona un punto central del proyecto marxiano: liberar la historia de las sacralizaciones, devolver su rol a la humanidad en su propia historia, y comprender tanto los motivos de su enajenación como las condiciones de su superación, comprendiendo que ésta no puede darse sino a través de la lucha de clases. Como sostiene el *Manifiesto Comunista*: “Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases [...] La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas”.

Frente a esto, hay que reconocerle a JIC una innegable coherencia. Plantear que el capital lo es todo, que la clase obrera es un apéndice del capital y que sólo es revolucionaria en tanto es obligada por el capital a desarrollar las fuerzas productivas, y que por lo tanto no hay salida a la enajenación que dependa de una acción de antagonismo con el capital en las condiciones actuales, lleva a sostener que cualquier militancia política que sea más que una contemplación (una praxis de reproducir en el pensamiento la realidad del capitalismo) es idealista, se apoya “en la apariencia de conciencia libre

23 Ídem.

24 Ídem.

que toma la conciencia enajenada”. En suma, toda la propuesta sobre revelarnos el fundamento de la acción política con la que comienza su libro termina en el mejor de los casos en una propuesta a la Platón modelo siglo XXI, un partido de los iluminados organizados para seguir comprendiendo y revelando la “necesidad” que brota del capital, “por los siglos de los siglos”. Digamos por último, que sostener que de lo que se trata no es de transformar la realidad, sino de “comprender la necesidad...” de que siga dominando el capital que nos determina, es bastante adecuado para todos aquellos que “por una parte”, quieren criticar la realidad social (cabe aclarar, que sin lograr comprenderla) pero, “por otra parte” sienten como una carga demasiado pesada plantearse cómo transformarla. Por eso, el “marxismo” de JIC, aparte de ser una modesta contribución en pos de disuadir de la militancia, es un aporte formidable para todo un sector académico que aspira a ajustar teoría y práctica tomando “por una parte” la crítica de Marx a la economía política pero “por otra parte” evitando ser parte activa en la crítica que sólo llega a ser tal en la lucha de clases. Con todo lo coherente que pueda ser la relación teoría y práctica que propone nuestro crítico (una teoría de que los sujetos a lo sumo pueden comprender la necesidad de su situación, para una práctica limitada a desarrollar y difundir esta teoría), esto se da de bruces con el marxismo revolucionario.

En momentos que la clase obrera comienza a dar las primeras muestras de resistencia a los planes de ajuste en la Unión Europea, que en Argentina se desarrolla el “sindicalismo de base” que desafía a la burocracia sindical peronista en muchos establecimientos, no hay tarea más apasionante que cruzar lanzas con los apologistas del capital. Contra la pedantería del partido de los filósofos que catalogan a la clase obrera como mero apéndice del capital, nosotros buscamos fusionarnos con lo más avanzado de los trabajadores que salen a luchar y se organizan, apostando al desarrollo de dirigentes obreros que se compenetren profundamente de las ideas marxistas para desarrollar una práctica de subversión del capitalismo. En contra de los que niegan la opresión imperialista, queremos aliarnos con todos aquellos que se levantan contra ella. En contra los teóricos de la “autoopresión de la clase obrera”, luchamos por su autoorganización y su independencia política para disputar la hegemonía de los oprimidos. Al fatalismo de los escépticos le oponemos la lucha por la subversión del orden existente. Contra el desprecio por las heroicas luchas protagonizadas por los oprimidos, al contrario de enterrarlas, queremos traerlas al presente para retomar todo lo que tienen para decirnos. Queremos ligar la pasión por el conocimiento de la realidad con la pasión por transformarla. El “marxismo” de JIC no tiene nada que aportarnos en estos objetivos.

*

* *

APÉNDICE

RAZÓN Y REVOLUCIÓN Y SU MARXISMO CON RIBETES “NEOCLÁSICOS”

En el N° 50 de *El Aromo* ha aparecido una crítica a nuestro artículo que inició esta polémica²⁵, donde se nos ofrece una apretada síntesis del confucionismo producido por la corriente Razón y Revolución en sus caracterizaciones sobre el capitalismo argentino. Esta corriente viene intentando combinar las opiniones de Iñigo Carrera sobre la acumulación de capital, la renta y el imperialismo, a alguna muy confusa idea de acción política y revolución (que a ellos, como grupo de “científicos”, sólo les corresponde “pensar”).

El autor de este artículo comienza planteando que nosotros sostenemos la conclusión de que “el agro argentino se encuentra atrasado con respecto a los principales productores mundiales. Además, señalan que la renta diferencial es la causante del atraso argentino”²⁶. Antes que nada, debería tomar un reparo que a cualquiera le indican en los primeros años de escuela: no mezclar peras con manzanas. Nosotros aducimos que la renta agraria agrava las limitaciones para la acumulación del capital indus-

25 Candenazzi, Guillermo, “Breve ensayo sobre la ceguera”, *El Aromo* N° 50, Bs. As., septiembre-octubre de 2009.

26 Ídem.

trial, y no, como parece sugerir el autor, del capital agrario. Por otra parte, se trata de condiciones de “atraso” que preexisten a la integración de la economía argentina en la división mundial del trabajo impuesta por Inglaterra, que son las que permitirán apropiarse de la renta²⁷. Es decir, no es un atraso causado por la renta, lo cual queda bien claro en nuestro artículo. Aparte de esto, consideramos que **la apropiación** de porciones de la renta agraria, y **no la renta en sí**, es un factor que contribuye a explicar el carácter extensivo de la producción agraria. Esta mezcolanza es el punto de partida de su crítica. Respecto del desarrollo del agro, proveemos bastantes argumentos que relativizan en algunos aspectos lo que algunos definen como una modernización que lo ubicó en el primer lugar de jerarquía a nivel mundial, sin negar las transformaciones ocurridas. Como era de esperarse para una corriente cuya devoción por la producción argentina de forrajes para cerdos de China sólo es igualada por apologistas como Osvaldo Barsky, han saltado como leche hervida ante nuestra conclusión (que es producto de una investigación que va más allá del mero rejunte de datos sin procesar, “método” defendido por RyR) de que el agro argentino sigue siendo extensivo en términos de capital aplicado por hectárea, y de que la tan mentada “modernización” del sector sólo ha revertido esto parcialmente, a la par que ha aumentado la penetración del capital extranjero, y la integración de la producción local en el manejo global de las multinacionales cerealeras, semilleras y agroquímicas y el condicionamiento del acceso a tecnología no creada en el país.

El artículo, que por un lado pretende sostener que no presentamos datos de lo que decimos cuando inmediatamente pasa a discutir con algunos de los datos que brindamos, no parece tener la menor idea de qué es lo que habría que discutir cuando se quiere caracterizar el desarrollo de determinada actividad. Sus únicos argumentos son los rindes de la soja, el avance acelerado de los transgénicos y la siembra directa, que el país no pide aranceles para importar de otros lados, y que lo que pasa en la industria no tiene nada que ver con el agro.

A pesar de su devoción por el desarrollo de las fuerzas productivas del agro pampeano, RyR nunca rebatió planteos sobre la extensividad relativa del mismo, que no son de nuestra exclusividad. Como por ejemplo que el rendimiento promedio por hectárea de trigo obtenido en el país es un tercio del obtenido en Francia²⁸, o que a pesar del incremento de los rindes registrado en las últimas décadas, el crecimiento porcentual anual de la productividad agrícola durante 1963-2003, que fue de 1,84%, se ubica por debajo del de Canadá (2,12%), EE. UU. (2,11%), India (1,98%) y Brasil (1,93%), entre varios otros. Con lo cual se ve que a pesar de todo el avance, a nivel general se ha agrandado la brecha de productividad, incluso en el sector más dinámico de la economía argentina²⁹. En el caso del maíz, a pesar del uso indiscriminado de variedades transgénicas, la producción local todavía no alcanzó los 10.000 kilos por hectárea que se registran en EE. UU. Estos pocos datos alcanzan para ilustrar lo que decimos: a pesar de las grandes ventajas agronómicas del suelo pampeano, el rendimiento obtenido oscila entre muy inferior o ligeramente inferior según el cultivo; y esto se debe a las diferencias de capital por hectárea aplicado. A lo mejor consideran que esto queda rebatido mencionando debates de los *chacreros* en blogs sobre las virtudes del GPS y el *software* de la maquinaria. Pero realmente no nos parece suficiente.

Mal que le pese, el planteo de que Argentina “se encuentra a nivel mundial en cuanto a aplicación de tecnología” no se sostiene en ninguna evidencia. Ni el nivel de capital por hectárea aplicado en el país, ni la comparación con los rindes obtenidos en tierras de mucha peor calidad, permiten sostener este argumento. Nuestro planteo de que la renta diferencial “implica una mayor productividad con menos desarrollo de las fuerzas productivas” en Argentina (y no en cualquier momento y lugar como nos quieren hacer decir), en realidad exagera, ya que incluso en la mayoría de las producciones los rendimientos por hectárea son menores, y esta diferencia se debe al menor monto de capital aplicado por hectárea.

27 Están relacionadas con el rol secundario que jugó la región lindante con el Río de La Plata en la economía del virreinato. Al momento de su integración como exportador en la economía mundial, salvo por las dispersas industrias de carácter artesanal existentes en las regiones del interior y que serían destruidas en gran medida por la importación de manufacturas británicas, no se había registrado ningún impulso a la complejización de la actividad productiva como sí se había dado en otras colonias.

28 Rodríguez, Javier L., “Desarrollo agropecuario, renta y extensividad: consideraciones teóricas sobre el caso argentino”, ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Sociología, Buenos Aires, octubre 2004. El autor fundamenta los criterios por los cuales son comparables ambas producciones.

29 De Ferrani, David M., *Beyond the City: The Rural Contribution to Development*, Banco Mundial, 2004.

Pregunta aparte es si tendría sentido o no para la rentabilidad del capital agrario argentino realizar inversiones que aumenten la producción; el autor pretende correr con el planteo de que “como intelectuales del PTS deberían saber, el interés del capital no es desarrollar la productividad para el bien común”³⁰. Categóricamente, pero de lo que se trata es de dar cuenta de lo que es y lo que no es el desarrollo de la producción agraria argentina, y si para darnos una idea de eso recurrimos a los rendimientos comparados, no llegaremos a la conclusión de que “compite con la agricultura europea y norteamericana en sus mismos términos” (Sartelli *dixit*). Aducir que no sería rentable para los capitales argentinos incorporar desarrollos productivos que pongan el rendimiento promedio al nivel alcanzado en otras latitudes (no decimos ni siquiera por encima, sino al menos a ese nivel), es irse por la tangente. El reconocimiento de que podría haber incrementos de la productividad que no se hacen porque no son rentables no hace más que reafirmar nuestro planteo: el desarrollo del capitalismo agrario argentino bajo la lógica de la ganancia se da de tal manera que los procesos productivos son más extensivos (con menos capital por hectárea, y menos rinde por hectárea) que en Europa y EE. UU. En su defensa de la lógica capitalista que esto tiene, nuestro crítico vuelve a mezclar peras y manzanas, y de paso muestra lo correcto de nuestra posición, aunque le agrega –cosa que nunca se nos hubiera ocurrido negar– que es completamente lógico en términos capitalistas. Nuestro crítico debería poder establecer la diferencia elemental entre lo que es y no lógico para los capitalistas, y lo que significa el proceso en sí en términos de desarrollo, para lo cual la medida no es si el capitalista ganaría más o no, sino si en otros pagos la aplicación de capital por hectárea mejora los rindes en peores o iguales condiciones agronómicas.

Nuestro crítico pretende probar el desarrollo del agro argentino por su acelerada adopción del paquete tecnológico de los transgénicos y la siembra directa. Pero aunque este proceso significa caída de la merma y mayor rentabilidad por los menores desembolsos en fuerza de trabajo, muestra también, por la acelerada adopción del paquete tecnológico, las debilidades para realizar mejoras que aumenten los rindes de forma más general. La “competencia en los mismos términos” queda limitada a los cultivos donde se puede aplicar transgénicos y siembra directa; en muchos otros, aunque la rentabilidad sea superior que en otras latitudes, lo es con menores rindes, que es lo que habría que empezar por discutir si hablamos de desarrollo. Pero además, no es indistinto si la tierra se ha transformado en un recipiente para la aplicación de agrotóxicos (cosa que vergonzosamente se niegan a señalar en su apologético *Patrones en la ruta*) que si el aumento de los rindes y el avance del capital va acompañado de procesos sustentables, así como no es lo mismo si la producción amenaza los consumos populares en beneficio de las ganancias globales de las multinacionales que si no lo hace. No se trata de elogiar una producción capitalista sustentable y autónoma frente a otra más destructiva subordinada a las multinacionales globales, pero sí matizar la idea de modernización tomada livianamente por nuestro crítico sobre la base de los rindes de la soja, la colza y algún otro cultivo. El marxismo está muy lejos de este mantra de la productividad que no se pregunta por las consecuencias ecológicas de la producción y que no tiene más aspiración que “socializar” la organización productiva capitalista, sin preguntarse por su necesaria reorganización para evitar la destrucción del planeta.

Sin embargo, todavía no hemos entrado en el punto que más claramente expresa la deriva teórica de esta corriente. Llegamos a éste cuando intentan separar “los problemas de la industria argentina” del desarrollo del agro. En el esfuerzo de RyR para negar los efectos de las diferencias estructurales entre los países de mayor desarrollo capitalista general y un país como Argentina, los compañeros de RyR tienen que hacer malabares teóricos para separar agro de industria y concluyen: “Si bien la Argentina no se halla a la vanguardia en cuanto al desarrollo de tecnología para el agro, lo cual nos refiere a un problema de la industria y no del agro, sí se ubica al nivel mundial en cuanto a aplicación de tecnología, siempre y cuando sus ventajas en cuanto a fertilidad del suelo conviertan a determinada inversión en necesaria para el capital”³¹. A la manera de los estudios por sectores de la Academia, que muestran una profunda aversión a cualquier idea de totalidad y se limitan a comparar sectores de distintos países, sin preguntarse por el conjunto de las relaciones que involucran al sector en cuestión con el conjunto de la formación económico social en la que se desarrolla, el articulista plantea que “decir

30 Candenazzi, Guillermo, op. cit.

31 Ídem.

que la industria de insumos agrícolas está atrasada, no quiere decir que la aplicación de tecnología en el agro esté atrasada”³². Por supuesto que no, pero sin duda significará un límite para la aplicación rentable de tecnología, cosa que a los autores parece que no se les ocurre. Parece que, a la manera de cualquier economista neoclásico, nos plantean un maravilloso mundo de libre elección de la tecnología y de optimización en base a la “dotación de factores”: “el agro pampeano incorpora los ‘inventos’ de otras latitudes, siempre y cuando dichos desarrollos impliquen un aumento de la rentabilidad, como hace cualquier capitalista”³³. Esta visión implica un retroceso, incluso por detrás del cualquier desarrollismo, estructuralismo o dependentismo latinoamericano que buscan ilusoriamente una vía de desarrollo capitalista, que reproduce lo más rancio del *mainstream* neoclásico. Tenemos el regreso de Heckscher-Ohlin, esta vez en clave marxista³⁴.

Por el atraso en la industria argentina, la posibilidad para el agro de realizar inversiones en mercancías tales como insumos o bienes de capital de las cuales no se encuentra provisión en la industria local, la “incorporación de inventos” de otros países que para RyR parece tan sencilla, es sumamente costosa salvo en los momentos que la moneda local se encuentra apreciada, y por lo general debe sortear las barreras que periódicamente se imponen a las importaciones para hacer frente a la crónica restricción externa que pone a todos los sectores productivos a competir por las divisas. Esto fue ilustrado durante esta década de dólar caro: después del ciclo de modernización durante la convertibilidad en los ‘90, la inversión en el agro se ha mantenido en niveles muy bajos a pesar de la alta rentabilidad, sólo registrándose niveles más o menos considerables en 2007 y 2008. Por todo esto, como plantea Javier Rodríguez: “El desarrollo agrario pampeano no puede entenderse sin tres relaciones claves: la existencia de una importante renta diferencial a nivel mundial; el desarrollo industrial local con el que se interrelaciona y el proceso de acumulación mundial [...] Tanto el cambio tecnológico como la incorporación de capital en el agro pampeano no puede ser comprendida [sic] si se aísla del desarrollo económico del país”³⁵.

Por último, el autor de este breve compendio de zonzeras, finaliza repitiendo los argumentos de Iñigo Carrera: nuestra caracterización del agro pampeano “tiene que ver con su punto de partida, es decir, la caracterización de la Argentina como un país atrasado, dependiente y sometido al imperialismo. Esta caracterización se contradice con la teoría de la renta diferencial que los autores suscriben”³⁶, contradicción que resolveríamos “por la vía de sostener que es justamente ese ingreso de plusvalía a través de la renta diferencial, una de las causas del atraso y la dependencia de la Argentina”³⁷. Repetimos: en ningún momento sostenemos que la renta cause atraso o trabe el desarrollo, como quiere leer el crítico. Lo que sí sostenemos es que la renta diferencial (y la estructura de propiedad en la cual ésta es apropiada) agrava las contradicciones que ya de por sí caracterizan a una estructura económica que se integra en la economía mundial como “apéndice agrario” con bajos niveles de productividad fuera de la economía agraria.

Finalmente, el articulista de RyR, no sabemos si por desconocimiento, busca al igual que su mentor JIC ubicarnos entre aquellos que propugnan un desarrollo capitalista para la Argentina. Aparentemente centraríamos “el supuesto ‘subdesarrollo’ del capitalismo en Argentina en la estructura de propiedad de la tierra y la renta diferencial”, cosa que no hacemos, lo cual “implica suponer que de no existir estas trabas el capitalismo argentino se podría haber desarrollado de otra manera, que el capitalismo en Argentina es un capitalismo deformado. En realidad, el capitalismo argentino no está deformado, sino que esa es su forma. Es la forma en que la acumulación de capital mundial se desarro-

32 Ídem.

33 Ídem.

34 Heckscher-Ohlin sostenía que los países debían especializarse en la producción de aquellos bienes para los cuales contaban con una dotación de factores abundantes, mantenía una visión del agro y de la industria por completo separadas. Dentro de ese esquema, igual que para nuestro crítico, el desarrollo tanto de uno como del otro son explicados por una trayectoria endógena del propio sector, y poco importa la “elección de la técnica”, que se ajustaría a criterios de eficiencia y rentabilidad, igual que para nuestro crítico. Parece que es necesario aclararlo, “estos enfoques desconocen la relación estrecha entre el agro y la industria, plasmada de muy diversas maneras” (Rodríguez, Javier, op. cit.), al igual que el del articulista de *El Aromo*.

35 Rodríguez, Javier, op. cit.

36 Candenazzi, Guillermo, op. cit.

37 Ídem.

lla plenamente en la Argentina”³⁸. Exactamente por eso, si el lector –al parecer a diferencia de nuestro crítico– tuvo la paciencia de leer hasta el final el artículo publicado en *Lucha de Clases*, verá que no planteamos un programa nacional burgués antiimperialista para que el capitalismo pueda dar todo de sí, sino un programa de revolución obrera y socialista de derrocamiento del régimen capitalista. Pero se ve que se saltó el final o no comprende lo que lee, porque sostiene que “la diferencia principal con nuestros compañeros del PTS consiste en que nosotros consideramos que el agotamiento del capitalismo es consecuencia de su pleno desarrollo y debe dar paso a una nueva forma de organización de la sociedad, basada en la centralización del capital en manos de la clase obrera. Los compañeros por el contrario creen que el capitalismo todavía no se ha desarrollado en plenitud en el país y aun tiene algo para dar”³⁹. Nuestra caracterización (al igual que la que hizo Trotsky de la formación rusa luego de 1905 que tenemos que suponer que el autor tampoco leyó) muestra una visión mucho más compleja donde las contradicciones y el desarrollo particular del capitalismo argentino, con sus rasgos más avanzados y más rezagados, plantean la actualidad de un programa obrero y socialista de expropiación de la burguesía y destrucción de su Estado. La diferencia central es que nosotros analizamos las condiciones concretas de la práctica revolucionaria para avanzar en la superación del capitalismo, que no pueden partir de otro lado que de analizar el conjunto de las relaciones de una economía semicolonial como la argentina en el capitalismo global y su sistema de Estados. Las ilusiones de sectores de las masas con los programas burgueses nacionales se apoyan en las condiciones estructurales del capitalismo argentino que lo convierten en una semicolonía, y que no surgen de la nada, como parece creer RyR. La IV Flota circulando por todo el continente, las bases norteamericanas en Colombia, la presión de la embajada yanqui en Argentina ordenando la represión en Kraft, están asociadas estrechamente a las relaciones estructurales de las economías latinoamericanas con el imperialismo norteamericano, así como lo están las distintas exigencias que imponen los organismos multilaterales o la élite del G7 a los países periféricos. No se puede mostrar la impotencia de los programas burgueses nacionales y ganar para un programa socialista si no se comprende el carácter semicolonial del Estado burgués argentino y se obra en consecuencia. Pero claro, los “científicos” de RyR, como se limitan a la trincheras intelectual y se eximen de cualquier tarea de construcción revolucionaria, pueden contentarse en pontificar sobre el carácter capitalista y por extensión “capitalista desarrollado” de la formación capitalista argentina, y opinar que con eso alcanza, aunque realmente, o están diciendo una obviedad (que Argentina es un Estado capitalista) o simplemente una tontería (que todos los Estados capitalistas son iguales, y no hay tareas nacionales que deban ser tomadas en un programa revolucionario socialista en un país como Argentina). Cada día está mas claro que estamos ante la segunda de estas alternativas.

38 Ídem.

39 Ídem.